



Monasterio de Santo Domingo de Silos ⁽¹⁾

Por un período de unos treinta años, el claustro de Sto. Domingo de Silos ha ejercido un atracción mágica sobre los arqueólogos. Escondido en un valle solitario en la provincia de Burgos, al que solamente se llegaba (hasta recientemente) tras un viaje muy molesto, el claustro ha sido como la piedra angular para los estudiantes del arte medioeval. Dejando a un lado sus diversas opiniones, todos los que le han visitado están acordes en un punto vital, que es su suprema belleza. Y es que el arte de Silos está impregnado del rocío de una fresca mañana de primavera.

El claustro de Silos es doble. Las galerías altas son de una estimable calidad, y nada más; es el claustro bajo el que es único. Tiene capiteles cubiertos con una inextinguible variedad de leones místicos, cisnes y dragones entrelazados con la delicadeza de la talla en marfil, y en los relieves de los pilares de los ángulos, donde están representadas escenas del final de la vida de Jesús en la tierra, las figuras tienen una actitud de movimientos rítmicos. Nicodemus y José de Arimatea están bajando a Jesús muerto en la Cruz, y la Virgen, con infinita ternura recibe el brazo desprendido, mientras el sol y la luna velan sus caras y los ángeles del cielo agitan incensarios. Allí cerca, José y Nicodemus ponen a Jesús en la tumba, cuyos movimientos están nivelados con exquisita perfección; abajo duermen los soldados y arriba los ángeles anuncian a las hieráticas Marías el misterio de la Ascensión del Señor, quien en otro relieve va camino de Emaús con sus discípulos llevando el morral y la concha de peregrino de San-

(1) Con sumo gusto publicamos en estas páginas el capítulo III de la importantísima obra: *Spanish Romanesque Architecture of the eleventh century*, por W. M. Whitehill (Oxford—University Press—1941).

La versión al castellano la ha hecho, previa autorización del autor, don Gonzalo Miguel Ojeda, quien con amabilidad que le agradecemos, nos la ha facilitado para su inserción en nuestro BOLETÍN.

Ha suprimido el traductor, en obsequio a la brevedad, las notas que en la obra figuran al pie de las páginas.—(Nota de la Redacción).

tiago. Los apóstoles son testigos de la incredulidad de Tomás, y pasados los cuarenta días, ellos, con la Virgen, mirando hacia arriba, ven cómo el Señor asciende a su Padre en una nube: ¿es que en el momento más espléndido del renacimiento italiano puede presentarse un relieve que iguale al Pentecostés, aparentemente el más primitivo y ciertamente el más fino de la serie, con los doce Apóstoles que como llamas de cirios parecen que van hacia las alturas?

Con la posible excepción de la Catedral de Santiago, no hay monumento medioeval en España, que al primer golpe de vista me parezca tan natural en sus movimientos y agradable, como lo es de bello en cada cambio de luces durante el día y las estaciones. Ya sea visto a la fuerte luz o sombra de un día de verano castellano, cuando el silencio y la quietud son solamente turbados por el ruido del chorro de agua de la fuente que salpica en el jardín, o visto en una noche de invierno cuando el frío de la luz de la luna hace parecer más blanca la nieve, este claustro es incomparable.

Nunca se puede agradecer lo bastante a los benedictinos franceses que llegaron a Silos en 1880 y evitaron que el Monasterio llegase a ser un montón de ruinas y escombros como Sahagún o Arlanza. Gracias a su llegada oportuna, hoy existe el claustro, y así sus sucesores españoles pueden usarle como era el deseo de sus constructores. Difícilmente se puede decir que haya habido otro gran monumento medioeval tan afortunado en los tiempos modernos, ya que los monjes de Silos, aficionados al estudio y a la música, son perfectos guardianes de su claustro. Está muy lejos de existir en Silos esa tristeza que tiene uno por la impaciencia del cicerone que hace pasar de prisa al visitante por un claustro que se desmorona ruinoso o que han convertido en museo desordenado. En Silos puede uno pasarse las horas largas estudiando, haciendo fotografías o meramente soñando, mientras los monjes van y vienen de la iglesia, de la biblioteca, del rectorio o del jardín, y cuando, como en domingo, antes de la misa conventual, viene la comunidad en procesión por el claustro con la cruz, velas e incienso a hacer una estación a la Virgen de Marzo, uno se da cuenta y disfruta como nunca antes se había disfrutado, de la belleza que tiene un claustro en tan solemnes momentos.

El nombre de este monasterio proviene de su gran Abad Domingo, del siglo XI. Nacido hacia el año 1000 en el pueblo de Cañas (Rioja), ingresó en el monasterio de San Millán de la Cogolla, siendo joven. Después de llegar a la dignidad de maestro de novicios, le fué encomendada la difícil tarea de restaurar el priorato de Santa María de Cañas, que amenazaba ruina. Allí reedificó la iglesia y supo

atraerse un gran número de discípulos, entre ellos a su padre y hermanos. Su fama se extendió «etiam ad exteras et longe positas regiones» y después de cuatro años le volvieron a llamar a San Millán y nombraron Prior del monasterio. Los conflictos políticos con el Rey de Navarra le obligaron, hacia el año 1040 a refugiarse en Burgos donde fué recibido con honores por el rey Fernando I. Las invasiones de los moros, a la vez que los desórdenes internos redujeron el monasterio de San Sebastián de Silos a un estado deplorable y el Rey vió en Domingo a la persona providencial para llevar a cabo la restauración que deseaba. Nombrado Abad, llegó el Santo a Silos el 24 de Enero de 1041. «Cum totius congregationis acclamatione», se dedicó a la doble tarea de incrementar la vida espiritual de la comunidad y a la restauración material del edificio del monasterio. Fué animado en su propósito por una visión que comunicó a su discípulo y biógrafo Grimaldo. El Santo se encontró que estaba al lado de un río, cruzado por un puente estrecho de cristal, al final del cual había dos ángeles: el uno tenía en sus manos dos coronas de oro y el otro una sola corona con piedras preciosas, de aún mayor magnificencia y belleza. Los ángeles llamaron al Santo para que cruzase el puente y cuando hubo pasado, le dijeron que la primera corona se la mandaba el Señor por la santidad de su vida y por la perfección con que había seguido los preceptos de Cristo; la segunda corona por la restauración de la iglesia de Santa María de Cañas, y la tercera corona, más valiosa que las otras, «pro cenobio Exilense quod est a fundamento eedificaturus et ad pristinum decorem reducturus et pro populo quem in eo Deo est adquisiturus». Así fortalecido Domingo prosiguió la difícil tarea que se había propuesto.

«Quam decenter monasterium sibi commissum, pene omni re necessaria destitutum spoliatumque restauraverit; quam eleganter ecclesiam et omnia monasterii habitacula pene vetuste consumpta ac semirutum cum nimio labore gravique angustia... reedificaverit, et pristino melioratoque decore restituerit... pretermisimus, uel qui manifeste habetur pro oculis, nel qua denitamus prolixè fastidium lectionis».

El nombre de Domingo aparecía de vez en cuando en documentos reales. Intentó varias veces, sin llegar a conseguirlo, una reconciliación entre el rey Fernando I y su hermano Don García, poco antes de que este último fuese muerto en la batalla de Atapuerca en el año 1054. Intervino en el traslado de las reliquias de los Santos Vicente, Sabina y Cristeta de Avila a León y Arlanza; estuvo presente a la consagración de San Isidoro de León el año 1063 y en la junta de Santa Gadea en Burgos, en 1072, cuando Alfonso VI juró no haber

tomado parte en el asesinato de su hermano el rey Sancho en Zamora. Pero éstos son sólo unos pocos datos de su vida activa y se conoce a Domingo mucho mejor por los trabajos en metal y manuscritos con que enriqueció su monasterio. El 20 de Diciembre de 1073 terminó tranquilamente su vida rodeado de sus hermanos. Fué enterrado «intra clastrum fratrum ante portas ecclesiae»; pero la divulgación de su santidad atrajo peregrinos al monasterio en tal cantidad, que fué necesario, tres años más tarde, en 1076, trasladar sus restos a la iglesia, donde fué colocado en una urna en la nave Norte, encima de la cual se levantó un altar dedicado a Santo Domingo. Para la onceava centuria esto constituía el método ordinario de canonización y en un corto espacio de tiempo, el monasterio fué reedificado en su honor.

El lugar del primer enterramiento de Santo Domingo está conmemorado por un epitafio románico tallado en el ábaco de un grupo de cuatro columnas, en el centro de la galería Norte del claustro bajo y por una tumba gótica, con una figura recostada, al borde de la cual se repite el epitafio en una versión más completa.

Es una hipótesis tentadora el atribuir el claustro bajo de Silos a los esfuerzos del mismo Sto. Domingo. Grimaldo especifica bien claramente que el Santo restauró la iglesia y los edificios monásticos. ¿Es que su actividad arquitectónica ha podido abarcar al claustro bajo aunque Grimaldo no lo menciona particularmente?

El difunto Emilio Bertaux, a quien corresponde el honor de haber sido el primero en llamar la atención general por la importancia artística de las esculturas, vió en el epitafio del Santo una inestimable ayuda para juzgar la fecha del claustro. Como Sto. Domingo murió en 1073 no pudo ser la inscripción anterior a esa fecha y como sus restos fueron trasladados tres años más tarde, eran razones suficientes para pensar que había sido labrado antes de 1076. Fundándose en ello M. Bertaux llegó a la conclusión de fechar los capiteles y la inscripción entre 1073 y 1076. Como todos los capiteles de la galería Este y la mayoría de los de la galería Norte son trabajo de un mismo escultor, Mr. Bertaux recurrió a la hipótesis de haber sido obreros moros los artífices de una fecha tan fenomenalmente temprana. Sin embargo, designó como de medianos de la duodécima centuria los relieves de los pilares.

En 1923, el Sr. Kingsley Porter, hizo ver que los relieves de los pilares eran claramente obra del mismo autor de los capiteles y presentó un buen cúmulo de evidencias para demostrar que su estilo no es incompatible con los de la undécima centuria. Aceptó la inscripción del ábaco como el epitafio verdadero de Sto. Domingo, labrado

entre 1073 y 1076; no obstante, señaló los relieves como de los últimos quince años de la undécima centuria. M. Paul Deschamps replicó impetuosamente considerando al epitafio como una mera inscripción conmemorativa de la duodécima centuria y pretendió probar que la forma de ciertas letras era incompatible con la fecha de 1073. Esta discusión de epigrafía duró por unos cuantos años, pero el descubrimiento del Sr. Kingsley Porter de la inscripción de Iguacel de 1072 y otros monumentos citados en su *Spanish Romanesque Sculpture*, fortalecieron el caso para la autenticidad del epitafio.

Antes de considerar los méritos y deméritos del epitafio como una ayuda para fechas, sería conveniente examinar su relación con la estructura en conjunto, puesto que en el trabajo del claustro bajo puede distinguirse a lo menos a tres escultores de diferentes períodos.

Todos los capiteles son dobles, excepto los del centro de cada galería, que son cuádruplos. Los del escultor de los relieves en los estribos (llamémosle, por conveniencia, el primer escultor), están unidos arriba y muy separados abajo; las parejas de columnas que les soportan, están enteramente separadas a causa de la forma de los capiteles, delicadamente proporcionadas y con un poco de forma de cigarro puro. Este primer artista, uno de los mejores maestros de la escultura románica, aparece y desaparece como un cometa. Su estilo no puede ser igualado ni en el arte español ni en el francés; su origen es dudoso y nula su subsiguiente influencia. El segundo artista, aunque un escultor destacado, no es en nada comparable con el primero, cuyos motivos repite frecuentemente y vulgariza. Parece como si hubiera trabajado unos años después; su estilo es más de la duodécima centuria y trazas de su influencia se encuentran en varios lugares de Castilla. En sus capiteles no usa la forma delicada de su predecesor y los une completamente arriba y abajo. En consecuencia están unidas las columnas que les soportan; son totalmente cilíndricas y están faltas del refinamiento de las otras más primitivas. Una tercera mano se descubre en dos capiteles de la galería Oeste, contemporáneos con los relieves de los pilares del ángulo Suroeste, de bien entrada la duodécima centuria, que representan la Anunciación y el árbol de Jesús.

La galería Este es enteramente trabajo del primer escultor, como son también la mayoría de los capiteles de la galería Norte. La mano del segundo artista aparece al final Oeste de la galería Norte y predomina en los pasillos Oeste y Sur. Sin embargo, está bien claro que esta parte del claustro ha sufrido una reconstrucción radical, ya que los capiteles y ábacos del primer escultor se hallan en él esparcidos

al azar. Un examen del plan del claustro es suficiente para comprobarlo. Hay catorce arcos en las galerías Este y Oeste y en el centro exacto de cada una se halla un grupo de cuatro columnas. En la galería Sur hay dieciséis y en su centro se halla otra vez el grupo de cuatro columnas, pero en la galería Norte, también de dieciséis arcos, tiene colocadas las columnas cuádruples entre los siete arcos del extremo Este y los nueve del Oeste. Esta irregularidad indica un cambio de plan.

En cuanto al orden de construcción hay pruebas evidentes en las obras de albañilería. En las paredes exteriores de las galerías Este y Norte, una estrecha hilada por encima de los arcos indica el primitivo nivel del tejado del claustro antes de la construcción del claustro alto. Esto no se encuentra en las galerías Oeste y Sur. En la galería Oeste no existe desigualdad entre la obra de sillería de los dos claustros, lo que prueba que en su forma actual fueron construídos al mismo tiempo que el claustro alto. La galería Sur, no debió tener nunca tejado y debió transcurrir tiempo suficiente para que su pared se saliese de plomada antes de que fuese sobrepuesta la correspondiente galería del claustro superior. Por lo tanto, la galería Sur, es anterior a la Oeste y la Este y Norte, considerablemente anterior a cualquiera de las otras.

Los relieves más primitivos de los pilares, la Ascensión y el Pentecostés están en el ángulo Suroeste del claustro y puede suponerse que por allí empezó la construcción. La galería Este, la más perfecta y unida de las cuatro, contiene capiteles y ábacos solo del primer maestro. Las columnas están separadas y delicadamente curvadas siendo mayor su circunferencia en el centro que en los extremos. Una abertura de cinco arcos, cuatro de los cuales están ahora tapados, en el centro de la pared de la galería Este, comunica con la sala capitular. Esta arcada es contemporánea a la galería del claustro, ya que sus capiteles son de la misma mano. Junto al norte de la Sala capitular, un arco doble se abre a la escalera que lleva a la puerta de las Vírgenes.

Los relieves de los pilares del ángulo Nordeste representan las Marías en la tumba y el Descendimiento de la Cruz.

Los mismos obreros continuaron la construcción de la galería Norte y la mayoría de los capiteles son obra del primer escultor. Hacia el centro de esta galería, está el grupo de cuatro capiteles en que aparece labrado el tan discutido epitafio de Sto. Domingo. Ya he dicho, que la galería Norte difiere de la galería Este, en que hay dieciséis y no catorce arcos y que el grupo de cuatro columnas no está

en el centro de la arcada, sino, que está entre los siete arcos del ángulo Nordeste y los nueve del Noroeste. Esto hace suponer que originariamente tenía esta galería catorce arcos y los dos arcos más del Oeste fueron el resultado de un cambio en el plan. Los capiteles y columnas confirman la suposición; del 16 al 27 y el 29 tienen capiteles y ábacos del primer escultor y las columnas curvadas, separadas, que demuestran que son trabajo suyo, el 28 es de inferior mano de obra, sustituido en una reconstrucción posterior; el 32 tiene capitel y ábaco del primer escultor, pero sus columnas son cilíndricas. Los capiteles del 30 y 31 son trabajo del primer maestro pero los ábacos son del segundo y las columnas son cilíndricas. El trabajo del segundo escultor predomina en las galerías Oeste y Sur pero en ella hay capiteles y ábacos del primero, diseminados al azar, de una manera que revela su reconstrucción. En esas dos galerías, sólo hay columnas cilíndricas: en los casos en que han vuelto a usarse los capiteles del primer maestro (30, 31, 32, 34, 35, 36 y 37) las columnas están separadas, pero donde los capiteles son del segundo escultor, están unidas. Supongo que la galería Norte, fué originariamente completa, como la Este, con catorce arcos; que el relieve del viaje a Emáus del estribo Noroeste fue colocado varios pies más hacia el Este que está ahora; que estaba redondeada la esquina con el relieve de la incredulidad de Tomás, y que algunos de los arcos de la galería Oeste estuvieron levantados más al Este que lo están ahora. De acuerdo con este plan, el claustro hubiera sido más cuadrado que rectangular.

Parece que en este momento fué suspendida por algún tiempo la construcción, y cuando se continuó hubo alguna alteración en el plano para levantar un claustro rectangular alargando algunos pies más al Oeste. El asunto no está claro, pero probablemente correspondió a algún cambio en la distribución de los edificios monásticos alrededor del claustro. De acuerdo con este plan corregido, se reanudaron los trabajos con la construcción de la galería Sur de dieciseis arcos, empezando por el relieve de la Ascensión y continuando hacia el Oeste. Para entonces ya había desaparecido del claustro el primer escultor; es de creer que habría muerto, porque fuera de Silos, no aparece ningún otro trabajo suyo y no puede pensarse que durante su vida se hubiera dado trabajo al segundo maestro. Algunos ábacos sueltos, labrados por el primer maestro, fueron combinados con capiteles de su sucesor, que fué por otra parte quien se encargó de la decoración de la galería. En el estribo del ángulo Suroeste había colocados unos relieves del último periodo románico del «árbol de Jesús» y la Anunciación llenos de influencia barroca. Como la galería

Sur, al seguir el plan modificado se alargó dos arcos más hacia el Oeste, que la del Norte, fué necesario derribar y reconstruir la parte primitiva de la galería Oeste; los capiteles y ábacos que habia del primer maestro se volvieron a emplear, fué levantada la nueva galería, quitados el pilar con los relieves del viaje a Emmaus y de la incredulidad de Santo Tomás y los dos arcos adicionados (30-1 y 31-2) agregados a la galería Norte. Así quedó terminado el claustro bajo.

Partiendo del orden de construcción observado, se viene a parar, en que si uno acepta el epitafio de Sto. Domingo como una inscripción fechada de 1073-6, no hay forma de eludir el hecho de que la mayoría de la galería Norte y la totalidad de la galería Este son anteriores, como así también cuatro de los relieves de los estribos. El profesor Kingsley Porter, proponente del primitivo fechado de Silos, colocaba los relieves solamente como dentro del período 1085-1100, mientras que el epitafio, pone a uno en el dilema de retrasarlos hacia el año 1060. La controversia alrededor de la epigrafía, ha demostrado que el epitafio puede ser que sea de hacia el 1070, pero, no puede decirse *que lo sea*. La tumba gótica de Sto. Domingo prueba que pueden ser tallados epitafios en un sentido puramente conmemorativo.

Contra la aceptación del epitafio del ábaco como una inscripción fechada, puede uno traer a discusión la condición económica de la Abadía que mejoró materialmente después de la muerte de Santo Domingo; el tamaño del claustro en relación a la iglesia de aquella época, y naturalmente, la falta absoluta en cualquier otra parte de Europa de esculturas en figura comparables en calidad a los relieves de Silos en los años de 1060. Estos argumentos parecen presentarme ahora el caso como probable, y aunque dispuesto a admitir la posibilidad de que el primer escultor trabajase entre 1085 y 1100, no soy de la opinión de llevar su trabajo como anterior, al aceptar el epitafio como de 1073-6.

La hipótesis de que Santo Domingo construyó el claustro bajo, es para mí insostenible, pero creo que existe una señal de la reconstrucción de los edificios monásticos en una pared de un DORTER de la undécima centuria. En la galería Este del claustro alto hay una serie de seis ventans de achaflanado sencillo con intervalos regulares hacia el Sur desde el arco que se abre en la escalera que baja a la puerta de las Vírgenes. Dos de las ventanas miran abajo por encima de la puerta, pero las otras cuatro fueron cegadas en construcción posterior. Un poco al Sur de la última ventana de la serie hay una alteración en la obra de albañilería que marca el final del edificio que

en algún tiempo estuvo alumbrado por las seis ventanas. La disposición de las ventanas indica claramente que lo que ahora forma parte del muro de la galería del claustro alto, fué alguna vez la pared exterior de este anterior edificio, que debió extenderse hacia el Este por encima del sitio de la puerta de las Vírgenes y el crucero Sur de la iglesia alta. Este muro abierto de ventanas, ha estado a la vista de todos los que han estudiado el claustro y la iglesia; sin embargo, solo Mr. A. W. Clapham, durante una visita a Silos en la primavera de 1935, fué quien le descubrió como parte de un DORTER de la undécima centuria. Indudablemente así lo es, por su posición y su tamaño. Como este DORTER ocupaba el lugar de la puerta de las Vírgenes, debió ser derruido no mucho después de 1100 a lo más tarde, y como el Monasterio de Silos se sabía que estaba en un estado ruinoso cuando llegó Santo Domingo en el año 1041, difícilmente pudo haber sido edificado antes de esa fecha. Consecuentemente, yo creo que en este muro se tiene una reliquia de los edificios monásticos de Santo Domingo.

La iglesia románica de Silos fué casi completamente destruída en el curso de la centuria décimo octava. El abad Baltasar Díaz construyó la actual capilla octogonal de Sto. Domingo, encima de la Sala Capitular y fueron trasladadas a ella las reliquias del Santo en el año 1733. Esto fué simplemente una añadidura a la iglesia medioeval, pero hizo a la comunidad sentir el deseo de tener un edificio nuevo que hiciera juego. El final Oeste de la nave estaba en un mal estado de reparación aunque los ábsides, cruceros y paso estaban estructuralmente firmes; así cuando D. Ventura Rodríguez, arquitecto del Rey, con miras a su propio empleo, apremió para su derribo total y la construcción de una nueva iglesia, los frailes se pusieron muy contentos. Su recomendación fué tomada en consideración y empezadas las negociaciones en 1751. Sin embargo, el dinero estaba muy escaso; los planos de D. Ventura Rodríguez, conservados en los archivos de Silos, hubieron de simplificarse para hacer economías y aun así, el nuevo edificio no fué consagrado hasta el 20 de Octubre de 1816. Sólo este largo retraso pudo salvar al claustro de la misma suerte que corrió la iglesia.

La iglesia del arquitecto Ventura Rodríguez ocupa un área mayor y distinta que la del edificio reemplazado y así, el crucero Sur antiguo, que aún subsiste, sirve de paso a la capilla de Sto. Domingo. Cuando fué construída la actual iglesia pusieron una bóveda de yeso en el crucero Sur, pero las ventanas primitivas y restos de la primitiva bóveda de cañón, se conservaron encima. En 1934 se quitó

esta bóveda del siglo XVIII, arrancado todo el yeso decorativo de las paredes y reconstruída la bóveda románica de cañón, de manera que el crucero parece que aproximadamente está ahora como en su condición primitiva. En la pared Oeste del crucero se abre la puerta de las Vírgenes, que comunica con el claustro bajo. Está decorada con capiteles de estilo grotesco, reminiscencia del arte mozárabe. Además, hay un arco de herradura dentro de la archivolta que forma parte integral de la primitiva estructura. Los asuntos de los capiteles, son fantásticos: dos guerreros arrodillados con una sola cabeza, tiran con fuerza de su barba común; dos hombres sostienen a dos leones con una cuerda que pasa por la boca de los animales; las mismas figuras cojen a un hombre por los brazos y están en actitud de arrojarle del capitel y sus cabezas aparecen otra vez sobre las alas de un águila. El P. Pinedo vé en estas esculturas escenas del Apocalipsis. Gog y Magog, uniéndose para destruir al mundo, conquistando las cuatro partes, echando al demonio a los infiernos y retirándose ante el Cristo triunfante. Estos mismos personajes aparecen en los capiteles de una de las ventanas del crucero. Lo que es innegable, es la inferioridad de los capiteles de la puerta de las Vírgenes comparados con las esculturas del claustro bajo, que ni por su concepción, ni por la ejecución son comparables con el trabajo del maestro de los relieves de los pilares. El Sr. Gómez Moreno coloca el pórtico en los primeros años de la duodécima centuria. Posiblemente es aún de un poco más tarde, aunque cayendo dentro de los primeros veinticinco años.

Además de la puerta de las Vírgenes y del crucero Sur, unos pocos muros sin importancia en las naves y cuatro capiteles eran los otros únicos restos conocidos de la iglesia románica hasta 1931 cuando dieron comienzo las excavaciones. Un pozo cavado en la nave actual, ha sacado a la luz algunos fragmentos de escultura, los cimientos de un pórtico, la base de un grupo de columnas y parte del muro Norte de la nave antigua. Posteriores excavaciones en 1934 descubrieron algunas bases de pilares y otros fragmentos, que harán posible la reconstrucción de un plano perfecto de los cimientos de la iglesia románica. Los resultados de estas excavaciones que fueron llevadas a cabo por los monjes de Silos, bajo la dirección del arquitecto del Estado, D. F. Iñiguez, no han sido publicados todavía. No estoy por lo tanto en libertad de hacer una detallada descripción de ellos, ni siquiera para ofrecer un plano de la iglesia, basado en estos recientes descubrimientos, pero durante mis recientes visitas a Silos, en Abril de 1935 y Enero de 1936, me fué permitido estudiar los pozos hechos y con estas someras investigaciones, me fué posible llegar

a determinadas conclusiones. La descripción, por lo tanto, en las páginas siguientes, tiene en cuenta las recientes excavaciones, aunque los descubrimientos individuales se mencionan de pasada solamente.

Es imposible la reconstrucción completa de la iglesia románica por no quedar en pie ninguna obra de fábrica, pero dos planos que se conservan en el archivo de Silos, dan una regular idea de la disposición general del edificio. El primero de estos planos se debió hacer después de 1767, puesto que presenta los cimientos de tres ábsides anteriores, dos de los cuales fueron descubiertos en ese año. Este plano que reduce todos los detalles a clásica simetría, no representa un plano acabado de la planta de la iglesia, sino, un diagrama mostrando la posición de los cimientos del ábside, descubiertos al ser demolido. El segundo plano, fué hallado en 1885 por Dom. Ferotín, entre los papeles del P. Echevarría en el archivo episcopal en Segovia. El sombreado del crucero Sur, que aún existe, y el adjetivo ANTIGUA en su denominación, indica que el plano fué dibujado después de la terminación de la nueva iglesia. Mucho más detallado y convincente que el primer diseño, presenta unas cuantas sorprendentes variaciones. Hay dos tipos diferentes de construcción en la nave: los entrepaños Oeste tienen pilares compuestos, mientras que los de Este tienen columnas redondas. Los peldaños que conducen a la iglesia de arriba sólo se encuentran en los finales de la nave y ala Sur, mientras que hay un entrepaño adicional en la iglesia de arriba entre los peldaños y el paso. Hay absidiolas en los muros Este de los crueros y los tres ábsides son más hundidos. Están bien marcados el claustro Sur y una especie de pórtico a lo largo del muro Norte.

Además de los planos, hay descripciones antiguas de la iglesia, las cuales, aunque de escaso valor para la cronología del edificio, son documentos importantes de su condición en los siglos XVI y XVIII. Gerónimo de Nebreda, Abad de Silos en 1528, escribió un trabajo sobre la historia del lugar, denominado: *De el Monasterio de Santo Domingo—Sus principios y sucesos*. El texto original ha desaparecido, pero se conserva una copia en la colección de notas histórica escritas en 1648 por el P. Juan Cisneros, archivero de la Congregación de San Benito de Valladolid. Una fuente más valiosa aún, es el manuscrito *Memoriae Silense*, de los archivos de Silos. En la parte segunda del primer volumen, el P. Baltasar Díaz, que hizo la Crónica hasta 1774, hizo una descripción bastante extensa de la iglesia. Llegó a conocer el edificio en sus últimos días y tuvo mucha culpa de su destrucción; su testimonio como testigo de vista es muy

valioso, aunque sus fantasías arqueológicas en el fechado de algunas partes, deben desestimarse considerablemente.

Los textos confirman lo que muestran los planos: que la iglesia de Silos, fué el resultado de varias campañas de edificación. «Tres fábricas diuersae in ea notantur», explícitamente dice la *Memoriae Silense*. «Es de tres naves y edificada en diversos tiempos», según Nebreda. Hubo dos períodos de construcción en la nave de la iglesia baja y seguidamente se verá que la parte alta fué edificada en dos tiempos diferentes.

Estaba formada por un solo vano de tres alas, un crucero abovedado, tres ábsides y crucero de brazos muy salientes en los cuales abrían pequeñas absidjolas. Como el crucero Sur aún existe, se daba por sentado hasta recientemente, que el estilo raro de la escultura de la puerta de las Vírgenes y de la ventana del crucero prevalecía por toda la parte alta de la iglesia. Sin embargo, un hecho desconcertante salió a luz durante la restauración del crucero en 1934. Al quitar de las paredes una capa de yeso puesta en el s. XVIII, se descubrió la primitiva obra de albañilería e incidentalmente se halló una irregularidad desde el suelo a la bóveda en el punto preciso donde el brazo del crucero se proyecta más allá del muro Sur de la iglesia alta. Cuando en Enero de 1936, ví esta irregularidad por vez primera, apareció evidente el sentido, hasta entonces algo enigmático, del P. Díaz: «Postea vero, sed quando ignoratur, addita est pars usque ad cappellam novam S. P. N. Dominici, et in alia parte Boreali aequalis portio; sic que remansit crux perfecta pro tota ecclesia superiori et inferiori», los brazos salientes de los cruceros fueron adiciones posteriores a la iglesia alta, y así, de un lado, no se rigen por la fecha de la iglesia como totalidad, y del otro, no nos dan ninguna clave referente al estilo decorativo de los ábsides y crucería.

Como el crucero Sur, que aún existe, es de bóveda de cañón, la parte alta de la iglesia, a la que fué agregado al principio del siglo XII, debió serlo así también, y la altura de las dos partes del crucero debieron ser idénticas. No hay indicación sobre si los lados de las naves estaban cubiertas con bóvedas de cañón o bóvedas de crucería. Hubo seis estribos cruciformes con dos medias columnas en cada cara; cuatro estaban sueltos y dos empotrados en las paredes, separando el central de los ábsides subsidiarios. El único entrepaño del ala Norte, aunque parece que no había contenido un altar originariamente, fué reconstruído como capilla en el siglo XVI, como lo fué también el correspondiente entrepaño del ala Sur.

La cúpula que cubría el crucero, aunque mencionada en los textos,

no está adecuadamente representada en los planos. El incorrecto diagrama primitivo tiene una incomprensible omisión respecto al crucero, mientras que la plancha 76 no da indicación de la naturaleza de la cúpula. Fué octogonal, probablemente con ventanas en cuatro lados, y adornada con pinturas. De ella dice brevemente Nebreda «tiene un crucero grande y muy bueno, y en este y en todo lo demás bien semejante a la iglesia mayor vieja de Salamanca» mientras que el Padre Díaz apenas menciona su existencia. Si esta comparación con la celebrada torre del gallo fuese aceptada en todo su valor, traería la consecuencia de que el crucero en Silos estaba cubierto con una cúpula colgante con una campana de dieciseis lados. Sin embargo, Nebreda, probablemente hizo esa comparación solamente porque no se le ocurrió pensar en otra. La cúpula de Silos era octogonal y la torre de Salamanca es unas cuantas décadas más tardía en fecha. Además las cúpulas en colgante eran desconocidas en España durante el siglo XI. En Cataluña las cúpulas en pechina eran el modelo invariable. En Loarre, en Aragón, hay una cúpula sostenida en pechinas dobles y aún más cerca de Silos, en San Martín de Frómista, en construcción en el año 1056. Una linterna octogonal con cuatro ventanas cubre una cúpula en pechinas con una campana de ocho lados. La cúpula de Silos, no puede, ciertamente, ser clasificada con ninguno de estos monumentos, pero las probabilidades están muy en contra de la analogía de Salamanca, y en favor de la cúpula en pechinas,

W. M. WHITEHILL.

(Continuará).